

Un aspecto importante de destacar es el estudio de los posibles contactos de la literatura joánica con los escritos gnósticos, para demostrar la autonomía joannea. Lo más que concede al respecto es un contacto con corrientes pregnósticas, a su vez influenciadas por el judaísmo en su doble vertiente bíblica y rabínica. En este sentido, refuta a Bultmann en más de una ocasión. Piensa que «en su deseo de dar una explicación a la terminología dualista del Cuarto Evangelio (que vemos reflejada v.gr. en Qumrán) quiso poner de relieve la identidad terminológica de los paralelos mandeos sin advertir suficientemente la diferencia abismal que separa en realidad el mito mandeo y la teología joánica. Contextos tan radicalmente distintos no pueden ser aducidos ni siquiera como paralelos válidos, mucho menos como precedentes» (p. 526). Afirma que «además Bultmann ha indicado las coincidencias de las que nos hemos ocupado pero no las enormes diferencias» (p. 527). Resalta cómo el mandeísmo es un abigarrado mito, donde campea el politeísmo, la ignorancia de los dioses, el inevitable dualismo, el mal sustantivado, etc. «En cambio en el Cuarto Evangelio estamos ante la sobriedad de un relato histórico y su vuelo teológico se realiza dentro de las coordenadas del concepto judeocristiano de lo divino y del mal» (*Ib.*).

Un valor innegable de esta obra es, por otra parte, su abundante documentación, paciente y ordenadamente expuesta. Por todo ello estamos ante una encomiable aportación a los estudios parabíblicos, de tanto interés por su condición de instrumento en todo trabajo exegético de los textos sagrados.

Antonio GARCÍA-MORENO

Jesús LUZARRAGA, *Espiritualidad Bíblica de la Vocación*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1984, 352 pp., 13,5 x 21.

Este libro es una muestra afortunada del creciente interés que el tema general de la vocación despierta en el campo teológico. No es solo la vocación al estado religioso o la llamada al sacerdocio, sino también y sobre todo la vocación del cristiano al seguimiento de Jesucristo en el lugar donde Dios le ha colocado dentro del mundo.

Los presupuestos y las causas de estas nuevas perspectivas, que han comenzado a renovar la Teología espiritual, deben buscarse sin duda en una eclesiología *de populo Dei* procedente del Concilio Vaticano II, unida a un estudio de la Sagrada Escritura como Palabra divina, que se dirige tanto a colectividades como a individuos, para configurar su destino temporal y eterno.

La presente obra propone una doctrina y espiritualidad de la vocación fundamentadas en lugares bíblicos o, si se prefiere, presenta estos lugares de modo ordenado y sistemático y hace ver la coherente doctrina sobre la vocación del hombre que de ellos se deriva.

Hacia falta un estudio de estas características que actualizase los importantes trabajos de W. Bider (1961), H. Schlier (1964), J. De Fraine (1968) y G. Greganti (1969). Puede decirse que el autor logra en buena medida este objetivo.

El libro se compone de un prólogo, ocho capítulos y un breve resumen final. El prólogo contiene afirmaciones interesantes y es a mi juicio una de las partes más atractivas del estudio. Los capítulos tratan sucesivamente de 1. la llamada; 2. el carisma; 3. la misión; 4. la comunidad; 5. las dificultades; 6. la cruz; 7. el discernimiento; y 8. la oración.

El estilo es directo, sin concesiones a la retórica ni a la erudición innecesaria. Lo cual no significa que el autor no se muestre bien informado de los estudios bíblicos recientes, que le han servido para leer e interpretar adecuadamente los textos numerosos que ofrece y comenta. El lector aprecia en todo momento de la exposición la diferencia entre Antiguo y Nuevo Testamento, pero percibe sobre todo la continuidad y unión de ambos, que se encuentra felizmente formulada por el autor.

Se tienen en cuenta asimismo las variantes teológicas entre los Evangelistas, San Pablo y la Epístola a los Hebreos, así como su incidencia en el tema de la vocación.

Aunque la exposición resulta más analítica que inclinada a proporcionar visiones de conjunto, se logra sin embargo mostrar la unidad y convergencia de los autores sagrados. Son particularmente acertadas y claras, por citar un ejemplo entre muchos, las observaciones del autor sobre el aspecto central del mensaje profético, que ha de buscarse más en la conversión que en la transformación social (cfr. pp. 147-48).

Es evidente que el hecho de no incluir ni citar en el libro ninguna bibliografía responde a una intención deliberada. No se ha querido probablemente unir las referencias bíblicas a comentarios o estudios teológicos que se encuentran necesariamente a otro nivel de importancia. Muchos lectores no podrán evitar, a pesar de todo, un cierto sentimiento de frustración.

Se ha dicho antes que el estilo es directo. Debe añadirse también que puede ganar en sencillez y a veces en propiedad. Se repiten con gran frecuencia algunas palabras que no son castellanas, como internalizar, deoversión, instintual, acoplación, religazón, concretización, empeñativo, somatizar, concientizar y posesividad. Se abusa del verbo «dinamizar».

En cuanto al contenido se nota la ausencia de un tratamiento más extenso de la *libertad* del hombre en su respuesta a la llamada divina. Es una cuestión muy presente en la Biblia, que bien podría haber sido objeto de un capítulo expreso.

En cualquier caso hay que decir como resumen que el libro del P. Luzárraga ha enriquecido decisivamente la bibliografía teológica española.

José MORALES